



CUENTO. DETALLES

Saúl Álvarez Lara*

1.

Un detalle, es un detalle, significa poco, a veces nada, pero con frecuencia un detalle está al inicio de moles que derrotan lo que se atraviese y nada ni nadie interrumpe su camino por una razón sencilla: a medida que avanzan, a medida que crecen, mutan, adhieren, o se oponen. Siempre se mueven. Cuando alguien se atreve a levantar una barrera frente a ellos o intenta cambiar su curso, su actitud es la que adopta quien hace creer al otro que tiene la razón pero en realidad su devenir es subsidiario del querer del detalle que, en apariencia, deja hacer. Casi siempre, dijo mi amigo, hechos de importancia tienen comienzos intrascendentes, una mirada, un minuto, una palabra. Pero no siempre es así, también sucede al contrario, situaciones que arrancan con estruendo terminan en nada.

* Escritor, profesor universitario, investigador, asesor creativo, gráfico y editorial, diseñador de libros y publicaciones. Editor de *Ficción. La Página*. Sitio web con contenido literario. <http://ficcionalpagina.googlepages.com/primeras>. Dir. electrónica: saulalvarezlara@gmail.com

2.

La muchacha del bar se acercó para saber si tomábamos azúcar con el café que pedí por señas en el momento de llegar a la mesa, metálica y redonda, con espacio para dos y la insignia de una marca de cerveza repujada en la superficie blanca. Eran las once de la mañana del viernes, es decir anteayer. A esa hora, la mayoría piensa ya en el fin de semana.

Abordamos el tema de los detalles, mínimos, sin importancia, desde el momento en que salimos del ascensor de su oficina. Fui para consultarle unas minucias, pero la impresión de que me viera como una aparición, por lo que supe más tarde, me obligó a escucharlo. ¿Conociste a Tulio? preguntó después de la introducción cuando ya estábamos en la mesa de la cafetería. La pregunta a propósito de Tulio, apenas conocido para mí, me descontroló pues no encontré vínculo entre los detalles y él. Tulio murió ayer, murmuró, lo mataron. ¿Cómo, quién, por qué?, pregunté pero mi amigo estaba detrás del muro que levantan los que sólo quieren ser escuchados y por amistad, pero también por curiosidad esperé. Sin decirlo expresamente, mi amigo planteó las reglas del juego, yo hablo tú escuchas, no se aceptan preguntas y tampoco interferencias. Cuando llegó el primero de los innumerables cafés que consumimos aquel día, ya había aceptado las reglas.

3.

Esto fue lo que escuché: Tulio era el tipo de persona que necesitaba de la seguridad, sobre todo la que tenía que ver con el futuro incierto de la vejez. Cuando llegan los años de las enfermedades hay que estar cubierto, decía. Por eso trabajó toda su vida en la misma empresa, no ascendió, o ascendió poco, pero eso no le preocupaba, lo importante era sumar para la pensión. Cuando llegara el día de recibirla otro canto se iba a oír.

4.

Entre tramo y tramo de su historia mi amigo intercalaba preguntas que no debían, por supuesto, tener respuesta. ¿Te acuerdas de él? preguntó a manera de afirmación, era buena gente. Conocí a Tulio, pero nunca fui amigo suyo, por lo que toda pregunta alrededor de su persona obtenía de mi parte una afirmación, mi amigo lo sabía y lo hacía a propósito. Sin embargo, agregó, no era un solitario y menos un arrinconado, era tímido y le gustaba la soledad, por eso no se casó nunca, tenía miedo al bullicio familiar. Mi amigo hizo una descripción detallada de Tulio. No me parecía que viniera al caso, yo quería saber quién lo mató y por qué, pero como ya estaba planteado, escuché. La timidez lo hacía parecer solitario y si bien no compartía con nadie la mayor parte de su tiempo, tampoco era un ermitaño. Fui uno de sus amigos cercanos, agregó mi amigo para aclarar la razón de su congoja, nos encontrábamos varias veces por semana a la hora del almuerzo o al finalizar el día, pero nunca hasta más tarde de las siete o siete y media de la noche.

5.

La llegada del segundo café pareció despejar la mente de mi amigo y dejó a un lado la personalidad, angustias o preferencias de Tulio, pensé que era marica y por eso lo mataron, pero me equivoqué. Mi amigo mencionó nombres de mujeres que frecuentaron su apartamento hasta hace algo más de un año cuando apareció Sofía. Estuve al corriente desde el primer día, dijo con voz apagada, bueno, corrigió, desde el primer día que hablaron.

6.

La vio en la estación del Metro una mañana antes de las siete. La recuerda porque intentaron montar al mismo vagón, por la misma puerta, en el

mismo momento, él pidió disculpas, ella apenas lo miró. Mi amigo recuerda las palabras de Tulio para describir el momento, “era una vieja ventajosa”, dijo. ¿Ves? continuó mi amigo, un detalle simple, ínfimo, de esos que uno prefiere olvidar. Pero, ¿qué sucedió al día siguiente, o al siguiente? como calcada en el tiempo la situación se repitió punto por punto. Al primer empujón Tulio pensó que estaba perdiendo el sentido de la ubicación pero su figura le recordó la ocasión anterior. A esa hora de la mañana los vagones van hasta el tope de gente, el pudor no permite que nadie se mire de frente y todos pretenden tener los ojos puestos en otro lado. Eso hizo Tulio, aseguró mi amigo. Cuando notó la mujer, nada particular lo atrajo y supuso que era una coincidencia, un detalle, haber chocado en dos ocasiones seguidas.

7.

Quisimos pedir otro café pero era hora de almuerzo y la clientela había pasado de adultos conversando frente a un café, una gaseosa o incluso, una cerveza, a empleados jóvenes con la presión del tiempo para comer y regresar a sus puestos de trabajo. No abandonamos nuestra mesa y pedimos dos platos del día y dos cervezas. Tulio y Sofía se cruzaron todos los días a la misma hora de la mañana durante semanas, tal vez meses, algunas veces se estorbaron al subir al vagón, otras no. Les sucedió, aclaró mi amigo con el plato del día intacto, lo que a todos aquellos que toman el transporte público a la misma hora, se acostumbran a las caras de cada día, no son amigos, tampoco hacen el menor intento por serlo pero se conocen de vista, otro detalle ínfimo, se conocen pero no saben nada del otro, no se hablan, es decir, no se conocen, se distinguen.

8.

Nunca hubo razón suficiente para que Tulio y Sofía se hablaran. Se cruzaron en innumerables ocasiones, apenas se miraron. Es posible que cada uno

supiera que el otro estaba ahí y aquello fuera suficiente, pero no puedo asegurarlo, dijo mi amigo en el momento en que la mesera recogía su plato con el menú del día como ella lo trajo, ¿no le gustó? ¿algún problema? preguntó dispuesta a cambiar si era necesario. Como él no respondió, le hice seña para que no se preocupara y de paso le pedí dos cafés, ojalá calientes y recién pasados.

9.

No se hubieran hablado si otro detalle, más importante, más grande, más ineludible que los anteriores, no entra en juego, agregó mi amigo con nostalgia, como si a partir de ese momento hubiese comenzado la debacle de Tulio. Fue un martes en la tarde, serían las seis o siete, Tulio salió cansado del trabajo y caminó hacia la estación del Metro a tres calles de distancia, cualquiera hubiese pensado que estaba dejando pasar el tiempo. Tal vez era sólo la fatiga del día o alguna premonición, quién sabe. Miró vitrinas, se paró frente a un almacén de utensilios importados y pasó casi media hora calculando cual de los sacacorchos exhibidos, había media docena, era más práctico, luego pasó a las navajas y entre ellas buscó la más cómoda. Ya había oscurecido cuando subió los tres pisos de la estación, pasó la registradora y cuando llegó a la plataforma le pareció más sola que de costumbre, nunca estoy por aquí a estas horas, pensó. Un detalle más.

10.

Y otro, que lo predispuso a la sorpresa, se le ocurrió cuando recordó la mujer con la que chocó varias veces al entrar en el vagón congestionado de las mañanas. Sucedió pocas veces pero lo recordó. Esta vez no voy a estorbar a nadie, pensó. Los vagones del Metro llegaron con más pasajeros de los que hubiese imaginado. No había puestos disponibles y Tulio debió acomodarse de pie en el pasillo. Miró para arriba como era la costumbre y

leyó los anuncios publicitarios que ocupan la franja encima de las ventanillas. Seguros de vida, celulares a bajo costo, crédito gratuito y rifas. Iba a comenzar su crítica interior y permanente a la publicidad, cuando sintió un pequeño estrujón en el maletín que llevaba en la mano libre. Con la otra iba aferrado al pasamanos. Bajó la mirada y se encontró con una cara conocida, aunque no recordó de dónde, de una persona que iba sentada y se ofrecía para ayudarlo a llevar su equipaje. Dio las gracias, dejó que la mujer pusiera el maletín sobre sus rodillas y volvió a subir los ojos hasta donde se encontraban los anuncios.

11.

Mi amigo hablaba despacio, sopesaba las palabras y dudaba antes de continuar. Tenía la intención de ser preciso. Entretanto nos trajeron dos cafés más. El público del almuerzo partió hacia sus trabajos y durante la siesta podría decir que en el local sólo quedamos la esposa del dueño detrás del mostrador, una joven atendiendo las mesas, mi amigo y yo, nadie más.

12.

Tulio no alcanzó, continuó mi amigo, a levantar la vista porque la figura de la mujer apresurada que lo estrujó algunas mañanas, regresó de las profundidades de su memoria y lo interpeló, buenas noches dijo ella con su maletín sobre las rodillas. Él sólo atinó a responder lo mismo y cayó en el silencio incómodo de la conversación sin futuro. Fue el detalle culminante, aclaró mi amigo. A partir de ese momento los obstáculos cayeron sin hacer oposición, lo mismo que él, sin darse cuenta, hasta el momento de su muerte. ¿Ves? concluyó mi amigo mirándome con la fatiga alrededor de sus ojos, los detalles ínfimos pierden su condición y en la medida de sus apariciones ocupan espacios imprescindibles.

13.

Esa primera noche sólo se saludaron. Cuando ambos bajaron en la misma estación y la costumbre los impulsó en direcciones opuestas se despidieron sin decir más, la timidez de las primeras veces o la fatiga del final de la jornada no los dejó hablar, pero la mecánica estaba lanzada y de ese día en adelante cada vez que se encontraron se saludaron, cruzaron dos palabras, luego tres, después alguno de los dos mencionó el tiempo lluvioso. Varias veces se encontraron al regreso por la noche. Cuando Tulio constató que podía hacer coincidir su horario de transporte con el de ella, demoró su salida de la oficina o se quedó mirando vitrinas para hacer tiempo, llegó a conocer de memoria los objetos del almacén de utensilios importados y también los títulos y la cubiertas de las publicaciones en las estanterías de un librero.

14.

Llegada la hora, subía a la plataforma y esperaba el Metro a la altura del segundo vagón, ella siempre iba allí, en uno de los puestos cercanos a la puerta. Bueno no siempre, las primeras veces no se encontraron, sólo después de tres noches seguidas de fallar a la hora del regreso le planteó el tema. Dudó cómo hacerlo. Se decidió a comenzar hablando del transporte, luego del horario de trabajo y poco a poco desembocaría en el poco tiempo que quedaba para descansar al llegar a casa. Eran tres temas que debía tratar en un solo trayecto, el de la mañana. Cuando se separaran, en la estación Berrío, debía conocer con certeza la hora de regreso de la mujer, no sabía aun que su nombre era Sofía. A partir de ese día sería la misma para ambos. Salvo contadas ocasiones, durante aquella primera época, no se encontraron al final de la jornada por culpa de ocupaciones imprevistas de Tulio o faltas, anunciadas, de ella.

15.

La suma de detalles, minucias si se toman por separado, llevaron al comienzo de la amistad. Detalles que tomaron importancia porque se colmaban de historia. Fueron tímidos en las primeras charlas, el trabajo de él, el de ella; el transporte y la fatiga al final del día. Luego se aventuraron por cosas más personales, los estudios, los compañeros de trabajo, los jefes. Hablaron de sus familias. Padre, madre y hermanas en el caso de Tulio. Esposo, sin hijos, en el caso de Sofía. Ella no tenía familiares cercanos, era hija única, cuando iba en la mitad de la carrera administrativa conoció a su esposo y se casaron, así, sin más.

16.

Con la llegada de otros dos cafés, mi amigo hizo una pausa. Ya vuelvo, dijo, voy al baño. Era poco menos de media tarde, la nueva clientela, la que consume cerveza y bebidas fuertes, comenzaba a llegar. No sé por qué se me ocurrió pensar que mi amigo me iba a dejar con la historia en punta, pero me equivoqué, a su regreso parecía más animado. Se hicieron amigos, dijo mi amigo mientras tomaba un sorbo de su nuevo café. Hay que entenderlo bien, amigos del transporte no más, hablaban de cosas del día, de la cantidad de trabajo que debían hacer en un tiempo mínimo. Alguna vez tocaron el tema de los salarios y ambos quedaron sorprendidos de lo poco que ganaban. Nunca más, por lo menos en esa época, Sofía volvió a mencionar a su marido. Tulio respetó el silencio y su condición de mujer casada. No hizo insinuación alguna y sin exagerar se hicieron buenos amigos. En ocasiones tomaron café en cercanías a la estación donde ambos bajaban, pero no fueron más lejos, aunque había en esos encuentros una suerte de cosa inesperada que los mantenía en vilo.

17.

Tulio se sintió perdido cuando Sofía, sin anunciarlo, dejó de tomar el Metro a la hora de siempre, en la mañana y en la noche. Fue en ese momento cuando notó que había olvidado el detalle, pequeño, mínimo, de preguntar su dirección y teléfono. Sólo le quedó caminar por donde imaginó que ella caminaba y esperar. Dejó pasar horas con la esperanza de que se hubiera retrasado. Recorrió las estaciones. No sabía siquiera el nombre de la empresa donde trabajaba, tampoco había creído necesario preguntarlo. La desaparición de Sofía sumió a Tulio en la desesperanza. Aquellos días mencionó a Sofía con más frecuencia. Recuerdo que intenté reconfortarlo, dijo mi amigo, pero él presentía que su desaparición iba más allá de lo que imaginábamos.

18.

Sofía se ausentó el tiempo suficiente para que Tulio se diera cuenta de que le hacía falta. Otro detalle en apariencia banal pero importante, dijo mi amigo empujando la taza de café vacía hacia el centro de la mesa. Los detalles se convierten en puntos de referencia porque hacen parte de la historia, agregó. Tulio recuerda la figura de Sofía, el tono de su voz, quizá el aroma de un perfume. Es posible, me permito agregarlo, anunció mi amigo, que alguna frase que quiso decir y dejó en el silencio estuviera a punto de salir de su boca para que ella la conociera. Una confesión, tal vez, una declaración. Pero ella no estaba, Sofía no aparecía por ninguna parte y las palabras se atropellaban en el trancón sin reposo de su recuerdo. Fueron días, semanas, difíciles para Tulio. ¿Lo recuerdas? volvió a preguntar mi amigo. No respondí.

19.

Pasó la vida programando cómo iban a ser los días de la jubilación. Siempre pensó que había nacido con el alma vendida al diablo y lo repetía cada vez que debía mencionar la obligación que le inculcaron desde pequeño: “tiene que hacerlo aunque no le guste”, insistía cada vez que tomaba más de tres cervezas o dos aguardientes y se quejaba de la suerte que le tocó. Por eso trabajó sin descanso, para que un día, sin tener que rendir cuentas, pudiera aprovechar el tiempo en lo que verdaderamente le atraía, una afición que descubrió de niño pero debió esconder por temor al castigo y las represalias. Sentía una atracción sin medida por los objetos, sobre todo por los objetos pequeños, los que se pueden coleccionar, clasificar y guardar en un cajón. Su afición y el tamaño de lo que quería conservar estuvo determinado por el carácter irascible de su padre que nunca hubiese aceptado una distracción de esa naturaleza.

20.

Mi amigo respiró hondo, se había desviado hacia terrenos escabrosos donde no se sentía a sus anchas y tomó un respiro. Guardamos silencio. No dije nada porque era el pacto, escuchar sin preguntar, que el cauce fluya sin interrupción. Eso hice.

Estábamos casi solos en el local que, a esa hora, era todavía cafetería. Nuestra mesa mira sobre una vía peatonal que desemboca, unos cincuenta metros más allá, a una avenida de circulación intensa. El ruido del tráfico era un acompañamiento en sordina. Llegaron dos nuevos cafés, ya había consumido suficiente para no dormir en una semana. Mi amigo se recuperó del lapsus y dijo una frase que lo resumía todo, “Tulio era un niño grande que sin darse cuenta se enamoró de una mujer que lo trataba como un adulto”.

21.

Se enamoró, murmuró mi amigo con la mirada fija en dirección al ruido de la avenida. Durante el tiempo que se frecuentaron Sofía fue un descubrimiento. En ningún momento fue el sexo desaforado como le sucedía con las amigas que visitaban su apartamento y tampoco la relación sumisa que estaba obligado a llevar con su padre. Se enamoró, repitió como si allí estuviera la clave de la desaparición de Sofía y la muerte de Tulio. Mientras la tuvo cerca y conversó con ella a mañana y noche le pareció suficiente, no necesitó más, porque nunca pensó que llegaría a ocupar tal cantidad de espacio. Tal vez lo sospechó y me lo dejó entender de una manera extraña, agregó mi amigo. Fue una de aquellas noches en que bebíamos más de una cerveza después del trabajo. Su lengua se liberó y antes de llegar a la cuarta botella me había contado minucias de su relación con Sofía, detalles, siempre detalles, de lo que hablaban. Esa noche insistió en que ella era aficionada, como él, a los objetos pequeños y los coleccionaba. Aseguró que había sido una suerte conocerla y habló de la colección de alfileres más maravillosa que había escuchado nombrar.

22.

¿Sí? pregunté y ¿dónde está? La tendremos Sofía y yo el día que unamos las piezas de cada uno. ¡Imagínate! continuó Tulio, ella tiene el segundo alfiler de la serie Fabergé con cabeza grabada en forma de diamante y yo el cuarto ¿lo puedes creer? Sólo hay diez en el mundo y nosotros tenemos dos. ¿Ah? recuerdo que dije, nunca escuché hablar de alfileres así. Ya lo ves, respondió Tulio, eran alfileres que un aprendiz del taller de Fabergé fabricaba en secreto mientras el maestro se concentraba en los huevos de pascua del Zar Nicolás por allá en mil ochocientos ochenta y cinco. Sólo hizo diez ¡Y nosotros tenemos dos!

23.

La historia de los alfileres me pareció creíble. Al día siguiente, al recordar el entusiasmo de Tulio, más por ella que por los alfileres, pensé que iba en caída libre por el hoyo sin fondo del enamoramiento y para no aceptarlo abiertamente dio las vueltas que dio alrededor de las cabezas de alfiler. Se enamoró de Sofía sin darse cuenta y es posible que ella no se hubiese enterado. De todas maneras no lo manifestaron mientras se vieron a mañana y noche. Cuando Sofía desapareció, Tulio también desapareció. No volvió a los encuentros después del trabajo. Al cabo de la tercera semana de ausencia comencé a llamarlo con insistencia a su casa, no respondió; en su oficina me dijeron siempre que no estaba; las tres veces que lo llamé donde sus padres, respondieron que había salido. Deduje que se estaba escondiendo. Entonces sucedió un detalle que en otro momento hubiese dejado pasar sin tener en cuenta. Encontré a Sofía.

24.

Cómo voy a encontrar a Sofía si no la he visto y no sé cómo es, te preguntarás, pues la conocí aunque no lo creas. Supongo que mi amigo notó mi desconcierto por la noticia inesperada pero no notó el que deja la duda cuando aparece. Ahora creo que la razón de su actitud inicial: “te diré pero no preguntarás” la sugirió este momento preciso, el momento en que descubriera que había conocido a Sofía, sobre todo después de que ella desapareció para Tulio. ¿Cómo sucedió?

A pesar de la advertencia inicial, me atreví a interrumpirlo, voy a pedir media botella de aguardiente dije, ya no quiero más café. Levanté el brazo, llamé a la joven para que se acercara y le hice el pedido. Me observó con detenimiento y no se opuso al cambio, lo celebró, debía estar saturado de café como yo. Esperamos hasta que la joven sirvió las dos primeras copas, las levantamos en silencio y las bebimos de un solo trago.

El anisado pareció renovar el impulso de la conversación. La conocí por accidente, continuó mi amigo. Una tarde, por razón de mi trabajo iba a tomar un ascensor hasta el piso catorce de La Torre de los Espejos. Mientras esperaba el aparato una voz femenina habló a mis espaldas de unos alfileres de colección rarísimos. ¿Ya había dicho lo de los alfileres, cierto? interrumpió para recordarme ese detalle mínimo en cualquier otra circunstancia. Tulio había mencionado la coincidencia de gusto con Sofía por las miniaturas y me pareció curioso que una voz femenina hablara del mismo tema en un lugar público. Entré primero al ascensor y giré con rapidez para ver la cara de la mujer que continuaba hablando de la importancia de las "piezas", llamó así los alfileres, pero ella y su acompañante dieron la vuelta para mirar hacia la puerta antes que yo. Dos mujeres, altas, cabello largo, rubio ambas, cuerpos delgados, ropa convencional, quedaron delante de mí. Sólo alcancé a ver sus espaldas y el rasgo sencillo de sus perfiles. Había otras personas en el ascensor y alguna de ellas apretó el botón catorce antes de que yo lo hiciera, guardé silencio y esperé con la expectativa de escuchar más sobre los alfileres. No hablaron más.

Las dos mujeres subieron hasta el piso quince, yo también. Salí con ellas del ascensor y simulé estar perdido. Me atreví, con cara de sorpresa, a interrumpirlas. ¡Sofía! dije, no esperaba verte. Estoy perdido. La mujer que supuse se llamaba Sofía no me reconoció. Perdón señor está equivocado, dijo. Pero tú eres Sofía, insistí. Sí, respondió ella, mi nombre es Sofía. Eres la hermana de Virginia. ¡Ah! dijo ella, con voz segura, no tengo hermanas, está equivocado. Entonces, insistí, no eres Sofía la hermana de Virginia pero eres idéntica a ella. No señor, no soy esa Sofía. Qué coincidencia, usted es gemela de una mujer que conozco, coleccionista de miniaturas que estaría interesada, con seguridad, en unos alfileres muy especiales, únicos, que tengo para ella. ¡Qué coincidencia! repetí, llevo más de una semana buscando a Virginia por todas partes y no aparece, tampoco su

hermana, la coleccionista, y ahora la encuentro a usted. Disculpe, me equivoqué, agregué alejándome hacia el ascensor.

26.

Cuando llegué frente a la puerta metálica, noté que Sofía no sabía qué hacer, entonces dije, estoy perdido voy para el piso catorce y me distraje, ¿sabe dónde están las escaleras? ¿Tiene unos alfileres? preguntó Sofía. Me mostré inseguro y dije, sí, es una colección, incluso creo que uno o dos son... ¿Fabergé? interrumpió ella. Eso es, afirmé, pero no soy conocedor, estoy haciendo el favor a un amigo. Sofía dio un paso hacia mí, era bonita, no muy alta, madura, de carnes duras.

¿Cuándo podemos ver esos alfileres? ¿Le interesan? pregunté con inocencia, cuando quiera mi amigo o, yo mismo se los enseño. Saqué una tarjeta de mi bolsillo interior y se la entregué. Cuando quiera, repetí. La leyó, consideró mi profesión, Asesor de Imagen, sonrió y dijo señalando a mis espaldas, las escaleras están después de esa puerta, por ahí llegará más rápido que por el ascensor. Lo llamaré señor... dudó, y por fin, después de releer murmuró, señor Osorio.

27.

La mujer me pareció distinta a la que imaginé y Tulio nunca describió. Tal vez por su forma de contarla siempre la creí mayor, una señora, con vestido y paso lento de señora, dijo mi amigo como si el recuerdo estuviera a punto de traspapelarse y necesitara atraparlo. Comenzaba a caer la tarde y el alumbrado público nos instaló en la penumbra de las luces bajas del interior del local. La media botella y las copas proyectaban sombras sobre la mesa metálica. Al mismo tiempo quisimos llenarlas pero encontramos la botella vacía. Esta vez fue él quien pidió la segunda media botella. Nunca he resistido

muy bien los tragos, me siento borracho con facilidad, sin embargo ese día era como una esponja que absorbe palabras, luces, sonidos, licor, todo. No creo que mi amigo se sintiera en la misma condición, los silencios se prolongaron y cuando hablaba lo hacía con lentitud.

28.

Después de tomar el primer trago de la segunda botella dijo, hablar con una mujer en la puerta de un ascensor es un detalle sin importancia. Encontrar a Sofía en esas circunstancias fue el punto de no regreso en la suma de minucias y encuentros a donde me llevó Tulio cuando habló de la mujer en el Metro. Tuve el presentimiento de que mi amigo se iba a perder entre la emoción y la historia y no podía permitir esa distracción. Hice un ruido seco sobre la mesa para llamar su atención y apresurarlo a continuar. Llené las copas y levanté la mía, brindamos como siempre esa noche, en silencio. Entonces dijo que su intención era lograr que Tulio y Sofía se encontraran, me preocupaba él, ella parecía tranquila, dueña de sí, murmuró.

29.

Mi amigo calculó por dónde continuar. Los alfileres no eran de mi incumbencia, sin embargo fueron un detalle imposible de evitar. Pasaron tres días antes de que Sofía llamara a mi oficina para hablar de la colección. Esos tres días busqué a Tulio por todas partes, no lo encontré. Le dejé mensajes, fui a su apartamento, pregunté a los vigilantes, viajé a las mismas horas que él en el Metro y no apareció por ninguna parte. Inventé un viaje fuera de la ciudad y pospuse la reunión con Sofía para dos días más tarde en la librería de El Tesoro, a las seis en punto sugirió, y yo confirmé. Continué mi búsqueda de Tulio, vigilé los lugares que frecuentaba, llamé a casa de sus padres pero la respuesta fue la misma. Igual en la oficina y con los vigilantes.

30.

Estaba nervioso como un niño el día de la cita con Sofía, no había razón pero mis manos temblaban y mi voz tenía un tono más bajo que de costumbre, debí hacerlo así para disimular el “vibrato” que me acompañó desde la mañana. La Sofía que encontré en la librería era más baja que yo, bonita, y su figura no dejaba suponer la que viajaba en Metro, trabaja hasta la noche, tenía marido y un amigo con quien se encontraba todos los días. Cuando llegué a la librería ya estaba hojeando una revista. Me saludó con afecto, como si nos conociéramos de siempre, sentí el impulso de darle un beso en la mejilla y no se opuso. En ese momento vi a Tulio que nos miraba desde el otro lado de la vitrina, afuera de la librería. Me sentí descubierto “in fraganti”, pedí a Sofía que me esperara unos segundos y salí corriendo a buscarlo. Sin saber porqué, quizá por la expresión de su mirada, sentí que le debía una explicación pero había desaparecido entre la gente.

31.

Nuestro pacto “escuchar y no preguntar”, me dio buen tiempo para observarlo. Era de noche y desde antes del medio día ocupamos la misma mesa. Puedo asegurar que mi amigo mantuvo el ánimo estable todo el día. A veces, por el deseo de recordar en detalle hechos y también palabras que llevaron a la muerte de Tulio, parecía fatigado.

Me pregunté porqué razón fui el objeto de su elección para escucharlo. No éramos tan amigos, nuestra relación no era suficiente para recibir ese tipo de confidencias ¿por accidente? ¿llegué en el momento en que sintió la necesidad de desahogarse? es posible, aunque dudo que mi amigo no controle sus emociones. Lo único que se me ocurrió fue mi condición de abogado penalista, defensor de homicidas y otras minucias, diría él.

32.

La segunda media botella de aguardiente llegaba a su fin. La voz y las ideas de mi amigo se hicieron lentas, hablaba despacio. Tulio, continuó, desapareció entre gentío frente a la vitrina de la librería, lo busqué entre las caras que me miraban sin verme. Sofía llegó donde yo estaba. No lo puedo asegurar pero no me pareció desinteresada. ¿Qué pasa? preguntó. Le mentí a medias, acabo de ver a mi amigo, el dueño de los alfileres pero quizá él no nos vio y lo perdí entre la gente. Es un hombre tímido, agregué, con la esperanza de notar algo en su expresión, pero no dejó ver nada aparte de una sonrisa apoyada por su mano en mí brazo, pues esperemos dijo, ¿la cita es aquí? ¿en este mismo lugar? preguntó con familiaridad, como si fuésemos amigos de antes. Sí, respondí.

33.

Después de un cuarto de hora me mostré desconcertado y simulé hablar por celular. Tulio, dije pero no se inmutó, se disculpa, está retrasado y tardará en llegar. Sugerí entonces que tomáramos algo en una de las terrazas cercanas. Aceptó, incluso noté, creí notar, un alivio en su cara cuando excusé a mi amigo. Mientras caminábamos hacia el lugar le pregunté por los alfileres, era en realidad el único tema que tenía para hablar con ella, aparte de Tulio, claro está, pero mis intentos anteriores habían sido hábilmente desechados. Ignoró mi pregunta hasta cuando estuvimos acomodados en una mesa, ella quiso té frío y yo, pensé en un capuchino, pero me arrepentí y pedí lo mismo.

34.

El bullicio de los clientes de viernes en la noche es muy distinto al de otras horas del día, saben que sigue el descanso y mientras dure la oscuridad

necesitan agotar sus energías. Cuando quisimos ordenar la tercera media botella debí hacer gestos desmedidos a la mesera desbordada por la clientela. Entre ruidos de vidrio, música y voces mi amigo continuó, conversamos como viejos conocidos en el café donde entramos para esperar, según mis palabras, la llegada de Tulio. Fue curioso que no extrañara su incumplimiento. Cuando habló de su vida lo hizo como si hubiese sido algo que pasó en otro tiempo, en otra ciudad, en otra vida, no entró en detalles y sólo mencionó generalidades. Lo mismo hice yo, el trabajo, los clientes, ambos trabajábamos como independientes y no teníamos jefes de quien quejarnos. He aquí un detalle que me hizo dudar de la fidelidad de su relato o del que me contara Tulio. Según él, lo recuerdas bien, dijo mi amigo apurando hasta el fondo su copa, ambos trabajaban en empresas y ambos tenían jefe. ¿Quién mentirá? me pregunté.

35.

Ella notó mi duda y cambió el terreno de la conversación, habló de un viaje a Londres donde conoció un coleccionista de trenes miniatura, el dueño de la casa que habitó. Fue él quien me dio el gusto por las miniaturas y el día de mi partida, como regalo de despedida, me entregó cinco alfileres envueltos en un paño verde. Entre las cinco piezas venía uno de los Fabergé. Llevas una joya dijo, sólo hay diez en el mundo.

36.

Intenté pasar la conversación al terreno de las colecciones, pero ella miró su reloj apresurada y dijo, ¡el tiempo vuela! debo irme. Mi cara de desconcierto debió hacerla recapacitar sobre su decisión, y cuando ya estaba de pie a mi lado murmuró con una sonrisa entre incitadora y de circunstancias ¿quieres que nos veamos mañana? me gustaría mostrarte algo. Fue tan intempestiva su partida como la invitación y acepté con un movimiento de cabeza. Te

llamaré, dijo mientras rozó mi mejilla con sus labios y me dejó envuelto en su perfume. La miré alejarse, graciosa y seductora, aunque intentara hacer creer lo contrario.

37.

Quería que mi amigo llegara pronto al desenlace de su historia con Sofía, con la muerte de Tulio, con los alfileres, pero el ruido me hizo perder por momentos el hilo de la historia. Entonces me atreví a preguntar, casi a gritar para sobreponer mi voz al ruido, ¿viste de nuevo a Sofía?

38.

No entiendo todavía, dos días después, por qué hice la pregunta, una corazonada que no sé cómo explicar, debí, tal vez, conservar mi curiosidad en silencio, como pactado desde el primer momento, pero el impulso fue irrefrenable, ¿viste de nuevo a Sofía? repetí. No respondió.

39.

Desde mi punto de vista profesional mi amigo me informó los detalles de una versión de la historia, la suya, hasta que llegó al nudo que solo no era capaz de deshacer. La pérdida de la noción del tiempo es el primer síntoma de impotencia para seguir adelante sin ayuda. ¿Pero tuviste noticias de ella? pregunté de nuevo. El bullicio era insoportable y los aguardientes contribuían a confundirlo. Si, respondió, tuve noticias de ella, muchas noticias de ella. ¿Cómo? ¿hablaron por teléfono? No, dijo con la mirada clavada en lo que sucedía a mis espaldas, el ruido del tráfico en la distancia y los parroquianos cubrían su voz. No, repitió, fue Tulio quien me habló de ella. ¿Tulio? pregunté.

40.

Cuando Sofía se perdió entre la gente, me arrepentí de haberla dejado ir. Quería escucharla, tenerla cerca, sentir su perfume particular. Apenas se fue, pensé en eso. Sofía era atractiva y también coqueta, una coquetería que no se siente, tampoco se ve, pero está ahí, en la voz, en la sonrisa, en el brillo de los ojos, en el cruzar de las piernas, en el olor de su piel. Es una especie de coquetería que tiene efecto sobre quienes están cerca, entonces pensé en Tulio, le sucedió como a mí, lo embrujó y cuando quiso tenerla, sentirla en la mañana, en la noche, cuando tenía preparada su declaración, a pesar del marido, Sofía desapareció.

41.

Terminamos la tercera media botella. Sugerí caminar. Mi amigo aceptó. Pagamos. La joven que nos atendió respiró tranquila. Salimos a la calle del ruido y el movimiento a cincuenta metros de nuestra mesa, pasamos a la acera del frente y caminamos rumbo al río. Ninguno propuso el recorrido pero fue lo que hicimos, en silencio. La noche era estrellada. ¿Qué pasó después? pregunté cuando comenzamos a bajar lentamente, ¿dónde entra Tulio en esto? Pasó poco tiempo, dijo mi amigo, estaba todavía perdido en el recuerdo del perfume de Sofía cuando Tulio se dejó caer en el puesto que minutos antes ocupó ella. Llevaba puesta una chaqueta o un suéter rojo que lo hacía ver más agresivo. La sorpresa fue brutal.

42.

La figura que simulé ver en la vitrina de la librería fue sólo una maroma para distraer la atención de Sofía explicó mi amigo. ¡Tulio! ¿qué haces aquí? dije, te he buscado por todas partes, ¿no te lo han dicho? Me miró en silencio. Había odio y desconfianza en sus ojos. Me midió como se mide cualquier

cosa de lejos, al cálculo, como el cazador que prevé el movimiento de su presa. Me pareció que respiraba hondo para aprovechar el aroma dejado por Sofía. No me quitó los ojos de encima. ¿Dónde estabas? pregunté otra vez.

43.

¿Qué quieres de ella? fue su pregunta seca. La conocí por accidente y le hablé de tus alfileres, dije para justificar nuestro encuentro. ¡Mentira! dijo, ella tiene mis alfileres, se los entregué el día antes de que te la llevaras. ¿Me la llevara? pregunté sorprendido, Tulio, ¿de qué hablas? Lo sabes, dijo Tulio. Te conté de nuestros encuentros y no pudiste dejar de seguirmos, de buscarla, de influenciarla hasta que lograste que me dejara. Tulio, pero yo sólo quería... ¡Mentira! repitió, y no menciones los alfileres, se los regalé con una carta donde le escribí que quería estar siempre con ella, y al día siguiente no regresó más.

44.

Habíamos avanzado unos cien metros, faltaban todavía tres calles para llegar al río, al llegar allí pasaríamos el puente y al otro lado tomaríamos un taxi, estaba cansado y supuse que mi amigo también. Sin embargo, una ráfaga de energía pareció inundarlo y su voz se hizo clara, precisa. Tulio, continuó mi amigo, me ordenó pagar la cuenta y caminar a su lado sin escándalos, te apunto con un revólver, dijo, señalando con los ojos el lugar donde tenía el arma. Estás exagerando, Tulio, esto no es un novelón, dije. Te las voy a cobrar todas hijo de puta, murmuró. ¿Te acordás de Marcela?, pasó lo mismo, te quedaste con ella sin que me diera cuenta; y Marta, la morena de la universidad, también; y Socorro, me la robaste para casarte con ella y después dejarla. Cada vez que mencionaba un nombre Tulio hundía el cañón del revólver en mi costado, dijo mi amigo mostrándome el lugar donde, según él, todavía le dolía. Te voy a enseñar hijo de puta, repitió Tulio.

45.

Faltaban cien metros para llegar al puente cuando mi amigo dijo que Tulio estaba dispuesto a todo. Lo empujó hasta su automóvil y le ordenó manejar hacia el río. Bajamos por esta misma vía. Me obligó a dejar el automóvil en una calle cercana, dijo y señaló cualquier esquina, luego fuimos hacia el puente. Su voz era desafiante, vas a ver hijueputa, repetía, ¿te vas quedar con Sofía? le inventaste la historia de los alfileres ¿qué le dijiste? ¿que los alfileres eran tuyos? ¿le dijiste eso? Nunca has visto uno, no sabes lo que significan, eres un ignorante convencido de que todas respiran por el sexo.

46.

Llegamos a la parte más alta del puente, dijo mi amigo con la angustia de la amenaza en sus palabras. Tulio me obligó a dar la espalda al río. El odio brillaba en sus ojos. Los ruidos de la ciudad llegaban a mis oídos envueltos en la dureza de los insultos. Eres un hijo de puta, repitió. Después escuché el disparo. Luego, el silencio. Esperé el dolor, un estrujón y mi cuerpo cayendo al agua. Cuando abrí los ojos estaba solo en el puente, Tulio había desaparecido. Me incliné sobre la baranda para buscar su cuerpo en el reflejo de las aguas y alcancé a notar la forma roja de su chaqueta flotando río abajo. Sentí humedad en mis manos, estaban manchadas con sangre, la misma que caía gota a gota de la baranda.

47.

Yo lo maté, dijo mi amigo y aunque me asegures que no, que él se disparó, que no es mi culpa, no descansaré hasta encontrarlo, aquí o allá, y le explique, me tiene que creer. Y para mi sorpresa, mi amigo subió a la baranda del puente y saltó al río.

Fin. 